

Descartes

Problema del conocimiento

Con la filosofía cartesiana se inicia el ciclo de la filosofía moderna (caracterizada por la desconfianza frente a todo conocimiento que no esté sólidamente fundamentado). El derrumbe de la concepción aristotélica del universo llevará a Descartes a buscar un nuevo punto de apoyo para el conocimiento que ya no se encuentra en las cosas, sino en el propio sujeto.

Descartes tendrá a la matemática como modelo de saber y ello significa no sólo que compartan el ideal de sistematización deductiva a partir de ciertos principios evidentes sino también la idea de que nuestro conocimiento de lo real puede establecerse a-priori: lo que conocemos de las cosas no lo extraemos de ellas, sino que en realidad ya lo teníamos y sabíamos. Por ello, Descartes tendrá que, a partir de unas primeras verdades o principios simples y evidentes, deducir todo el edificio del saber. Pero antes de esto, deberá establecer un método seguro de conocimiento que ha de basarse en el funcionamiento interno de la Razón.

El filósofo distingue dos modos de conocimiento cuya colaboración constituiría la dinámica interna de la Razón misma: intuición y deducción. La intuición es una especie de "luz natural" que tiene por objeto las naturalezas simples emanadas de la Razón que son captadas inmediatamente y que es más cierta que la deducción misma. La deducción recorre las conexiones que aparecen entre unos conceptos simples y otros, pero es menos fiable que la intuición porque mientras ésta se basa en una evidencia presente, la deducción se la pide prestada a la memoria. No obstante, es un modo de conocimiento seguro, siempre que se parta de principios seguros y se dote al pensamiento de un movimiento continuo e ininterrumpido. Conocer es la colaboración entre intuición y deducción.

Para ayudar a esta necesaria colaboración Descartes propone en el *Discurso del método* las famosas cuatro reglas: la de la evidencia (no aceptar como verdadero nada que no sea evidente, es decir, claro y distinto), la del análisis (dividir lo complejo en partes más simples con el objeto de que sean captables para la intuición), la de la síntesis (reconstruir lo complejo deductivamente a partir de lo simple) y la de la enumeración (hacer revisiones para evitar omitir algún eslabón de la cadena y que no se rompa la continuidad del razonamiento).

Posteriormente viene la duda metódica, que es una exigencia de su propio método y que, aunque es diferente de la escéptica, llega por su radicalidad a confundirse con ella. Así, tras someter a revisión sus conocimientos y dudar tanto de los que se basan en la información proporcionada por los sentidos como de la seguridad que hasta ahora tenía sobre la existencia de un mundo extramental detrás de nuestras representaciones e, incluso (hipótesis del genio maligno) del propio entendimiento y de las verdades matemáticas, Descartes encuentra que de lo único que no puede dudar es de su propia existencia como sujeto que piensa y duda ("Cogito ergo sum"). Esto, que es lo que se conoce como la primera verdad cartesiana, es al mismo tiempo criterio de toda verdad y certeza.

Ontología

Pero, ¿cómo, a partir de esta primera certeza, demostrar la existencia de un mundo extramental distinto de mí? Este problema, que nos abre a la postura idealista típica de la filosofía moderna, surge cuando se cobra conciencia de que el pensamiento no recae directamente sobre las cosas sino sobre las ideas y que éstas son representaciones mentales que, en sí, no tienen nada que nos aseguren que hay algo distinto de ellas (las cosas) a lo que se corresponden.

Para solucionar este problema, Descartes inicia un análisis de lo único con lo que cuenta su yo pensante, las ideas. Distingue en ellas dos aspectos: las ideas como puros actos mentales que determinan el pensamiento y las ideas tomadas en su realidad objetiva. Como consideradas desde el primer punto de vista todas son iguales, Descartes las analizará desde el punto de vista de su realidad objetiva, que es la realidad específica de la idea en tanto a idea, esto es, en tanto que es una representación. Es, por tanto, su contenido representativo. Consideradas así, unas ideas tienen más realidad objetiva que otras. Además de ésta, Descartes distingue la realidad formal, que es la realidad efectiva o en acto propia de los objetos y la realidad eminente, que es la clase de realidad más real que la formal y que, en consecuencia, incluye a ésta.

El propósito de Descartes con este análisis es ver si puede encontrarse una idea cuya realidad objetiva sea tal que la causa de ésta no pueda hallarse en el sujeto ni formal ni eminentemente. Es decir, Descartes se pregunta por la causa de la realidad objetiva de las ideas y siguiendo el principio de causalidad, admite que en la causa ha de haber, al menos, tanta realidad como en el efecto.

Por ello, examina las ideas que se hallan en él y las clasifica, según su origen, en adventicias (parecen proceder de la realidad externa), facticias (construidas por el sujeto a partir de aquellas) e innatas (nacidas con el sujeto). Así, en las ideas de las cosas corpóreas (que parecen proceder de fuera, siendo, por tanto, adventicias) no encuentra nada cuya realidad objetiva sea tal que exceda a la realidad formal del sujeto pensante y muy bien podrían proceder de éste. Sin embargo, Descartes encontrará una idea, la idea de Infinitud (=Dios), cuya realidad objetiva ni proviene del sujeto (pues es finito), ni proviene del exterior (no es adventicia). Luego, es innata. La causa de la idea de Infinitud debe ser (como hemos dicho antes) al menos tan real como el efecto, por lo que debe existir una sustancia infinita que sea la causa real de esa idea que el sujeto halla en sí, luego Dios existe. Descartes desarrolla en la tercera meditación otro argumento de la existencia de Dios también basado en el principio de causalidad aunque aplicado a su existencia como sujeto pensante: puesto que es un ser imperfecto, no puede ser el autor de su propia existencia, pues al crearse no se hubiese privado de todas las perfecciones; luego Dios existe. Más adelante, en la quinta meditación, aparece el conocido como argumento ontológico: Puesto que hallo en mí la idea (innata) de Dios, esto es, de un ser tal que es imposible pensar en otro mayor que él, dicho ser ha de existir, si no, incurriríamos en contradicción.

Con estas demostraciones Descartes ha conseguido salir a la realidad extramental, existe algo más aparte de mi yo: Dios. Pero, además, el papel que a éste le va a hacer jugar es muy útil, puesto que la existencia de un ser Infinito, que posee en sí todas las perfecciones, se constituirá en la garantía que respalda la aplicación del criterio general de verdad y de certeza: A todas mis ideas claras y distintas les corresponde una realidad extramental. Así, deduce Descartes su concepto del mundo corpóreo cuyo atributo esencial es la extensión y cuyos modos son la figura y el movimiento. Con esto, queda estructurada la realidad cartesiana en tres substancias: sustancia pensante o res cogitans, sustancia infinita y sustancia extensa.

Antropología

Esto nos lleva a la concepción cartesiana del ser humano. Descartes defiende un dualismo substancial. Alma y cuerpo son dos substancias separadas e independientes. El alma es una sustancia pensante y, por tanto, no es material o extensa, por ello, es simple e indivisible, ya que no es corpórea, luego es inmortal, pues toda destrucción se produce por división. Por el contrario, el cuerpo es concebido, en tanto que materia, como una sustancia estrictamente determinada por las leyes del movimiento, como una máquina y, como tal, llegado el momento deja de funcionar, por lo que es mortal.

Su concepción dualista tiene, por ello, importantes consecuencias, pues no solo garantiza la inmortalidad del alma sino también su libertad, al quedar excluida del mecanicismo y del estricto determinismo que rige a los cuerpos entendidos como sustancia extensa.

No obstante, esta visión dualista le planteó a Descartes serios problemas, pues es clara la interacción entre el cuerpo y el alma. Como señala en la sexta de sus Meditaciones Metafísicas, “cuando mi cuerpo está herido, no sólo percibo la herida mediante el entendimiento, sino que, además siento dolor”. De modo que lo físico influye en lo mental y, también lo mental influye en lo físico. Para explicar esta clara interacción alma-cuerpo, Descartes buscó una solución de corte fisiológico, y claramente insatisfactoria y ad-hoc, según la cual la interacción tendría lugar en la glándula pineal, situada en la parte central del cerebro.